

LA RELECTURA*

Pedro Luis Barcia

La más perdurable y valiosa de las *rerre* que se postulan por todos lados, y la menos practicada, es la relectura. Pese a sus probados beneficios. Porque el retorno a un texto valioso ya cursado nos habilita para una comprensión más profunda de él y, con ello, pasamos a la intralectura y a la sotolectura (para algo están los prefijos: para usarlos).

El conocido libro de Nicolás Carr sobre Internet, *Superficiales* (2012), trae una frase que cifra páginas de exposición: “Navegar en Internet es surfear. Leer un libro es bucear”. Asigún, diría un paisano, asigún el lector y el surfista. Pero releer es siempre profundizar, internarse en mayores honduras.

Borges apuntaba: “Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer”, dije alguna vez. No sé si soy un buen escritor, creo ser un excelente lector, o, en todo, caso, un sensible y agradecido lector”.¹ Pudo agregar, aun con mayor restricción, que se jactaba, todavía más, de los libros que había *releído*. Posiblemente puedan postularse como merecedores de relectura los libros que él enlistó en su “Biblioteca Personal”, de cuyo proyecto solo alcanzó a prologar 72 obras,² listado que tejió y destejió, asistido por la fiel María Kodama, una nómina de obras de lo que definió como “una biblioteca de preferencias”.

En un segundo nivel de restricción, un periodista le preguntó a Borges cuáles serían los tres libros que llevaría una isla desierta. Naturalmente, su reacción liberal frente a la limitación arbitraria de la propuesta, fue inquirir por qué no podía llevar más. Pero se decidió, finalmente, por uno solo: la *Biblia*. Cuando el reportero inquirió por la razón de su elección, le espetó: “Porque son muchos libros en uno”. Con lo cual, volvió por su principio de burlar los encasillamientos y las prefijaciones.³

En varios pasajes de su obra, Borges, encomia la relectura. Y advierte que pocos son los libros que la merecen. Recuerdo, cuando era yo estudiante de Letras y, para concretar una monografía para Juan Carlos Ghiano -crítico de afinidad radical pero con la suficiente flexibilidad para reconocer los valores de la obra de quien tenía otra posición política-, visitaba a Marechal durante su insularidad política, en el departamento porteño, me sorprendió la exigüidad de su biblioteca personal, cuyo cuerpo tenía cuatro estantes y una anchura de dos metros, no más, y que represaba unas doscientas obras, a las que se veía muy manidas por la frecuentación. Allí estaban

¹ Borges, Jorge Luis. “Biblioteca personal”, En *Biblioteca personal. (Prólogos)*. Madrid. Alianza Editorial, 1988, p. III

² V. Borges, Jorge Luis. *Biblioteca personal. (Prólogos)*., ob. cit. Además de los 72, circularon tres tomos más sin prólogo borgesiano: *El libro de los muertos* y *El problema del tiempo* (2 tomos), de Alexander Grunn. Cabe señalar que de la selección definitiva quedaron excluidos 31; puede verse su lista en la p.132 de la ob. cit. La editorial Hyspamérica, sede del proyecto, le había solicitado un plan con un centenar de obras. Borges solía decir que “los cien que se le habían pedido constituían ya un exceso” (ob.cit. p. I). Se sabe, Borges no rendía culto a estas supersticiones de los 100 mejores libros, u otro tipo de números fijos. Recuérdese la respuesta que dio a la mujer que, en el velorio de su madre, se lamentaba de que doña Leonor no hubiera alcanzado los 100 años y muriera unos años antes: “Se ve que la señora tiene un respeto por los números ...”

³ Cuando a Chesterton le preguntaron sobre qué libros llevaría a una isla desierta, respondió sin dudar: “Un *Manual para construir botes*”. Con ello afirmaba la condición social del hombre y su anhelo de reinsertarse en el seno de la comunidad humana.

los libros a los que volvía con ojo diurno y nocturno: Platón, la *Biblia*, una antología de presocráticos, etc. Cuando le pregunté por qué estrechaba a esos pocos volúmenes sus lecturas, me contestó: “Son suficientes: los clásicos y los dilectos, los que merecen relectura”.

En nuestros días se ha puesto de moda el verbo “revisitar”, a partir de su forma inglesa, y del adjetivo que generó: “revisitado”. La relectura es una de las formas de la revisita, y la aplicamos a diversa índole de textos: fílmicos, plásticos, literarios. En todos los casos, experimentamos descubrimientos de aspectos, detalles, matices, sentidos, relaciones, que no habíamos percibido en el primer contacto. En el cine, de una manera más física, descubrimos en un segundo plano realidades que se mueven detrás del primero en que ocurre la acción principal, y que no habíamos advertido en nuestro primer contacto. En la pantalla, la película nos imprime su ritmo a los visores, y nos exige determinada velocidad perceptiva, independiente de la voluntad del espectador.⁴ Igualmente, en la música, respecto del oído en la interpretación musical en vivo, desde un cantante individual a una ópera.⁵

La música, el cine, el teatro, la ópera, el teleteatro, la radionovela en su representación pública no pueden ser tomados a voluntad por el perceptor, visor o auditor, o ambas cosas a la vez. Nos debemos plegar a su desenvolvimiento o desarrollo, o perdemos el tren. Sí, en cambio, lo ha permitido siempre el acto de leer, que es privado, personal, individual, aislado: un lector con un libro en sus manos es dueño de su ritmo lectural. Desde que se inventó la escritura, se dieron las dos posibilidades de la relectura: la inmediata y la mediata. En la primera, acabada la frase, el párrafo, el capítulo, podemos volver sobre nuestros pasos, saltando al comienzo y retomándolo, recursándolo. Esta es la forma de relectura que ejercemos para ahondar, aclarar lo que acabamos de andar en el camino lector. Es la que solemos aplicar a cuentos y novelas policiales en las que percibimos que se nos ha escapado un detalle en la rápida marcha lectora, que puede ser el comienzo de un ovillo; o intuimos que se nos ha deslizado una frase o pasaje que contiene larvadamente información clave para la trama. El lector deformado, por serlo solo de un género literario (que es una de las formas disimuladas del analfabetismo), si es frecuentador de relatos policiales, leerá el *Quijote* desde la sospecha: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...” Y el lector, regresa al comienzo de la frase: “¿Por qué no quiere acordarse? Aquí hay ocultamiento y...” Y así parecidamente.

Gracián habla de los textos que requieren “pleiteada lectura”, esto es cierto grado de discusión, de diálogo, alegato y defensa, como en un tribunal, a medida que uno los cursa y los recursa. Exigen relectura.

La relectura mediata es la que se realiza transcurrido un cierto tiempo desde la primera visita al texto. Y es la que nos gratifica con la apertura de nuevas ventanas que no habíamos advertido.

⁴ Eso, en el cine. El manejo, en las versiones en devedé, de los botones del control remoto para rebobinar, avanzar cada vez más aceleradamente o retroceder el filme, ha variado esta situación. Hoy podemos, como en un libro, volver páginas atrás, y rever las escenas, generar ralentis en el movimiento o aceleraciones, saltar episodios, etc.

⁵ Las técnicas actuales de reproducción de música abren múltiples “manipulaciones” por parte del auditor.

Séneca, en su *Epístola II*, señala que hay dos maneras de recorrer el terreno de textos desconocidos; él lo aplica a la lectura de escritos de filósofos ajenos a su sistema estoico: el *transfuga* y el *explorator*. El primero⁶ atraviesa el campo con precipitación, con poca atención a los accidentes del suelo. Lo ha cursado, sí, pero no ha reparado en casi nada de lo que en él había. El *explorator*, en cambio, camina por el escrito de manera más ordenada y sistemática, con atención a las diversas formas de los relieves textuales. En rigor, Séneca –más allá de su aplicación personal- tipifica dos formas de lector y de lectura: la lectura rápida, desatenta a detalles significativos del terreno: desvíos, altibajos, colinas y depresiones, en fin, como sobrevolando el espacio. La otra forma avanza con voluntad de cartógrafo. El tipo del *transfuga* no genera relectores, sí el del *explorador*.

Pascal nos advierte que hay un doble riesgo al leer un texto: el leerlo muy rápidamente o el leerlo muy lentamente. Ambas formas nos distancian de lo que el texto realmente dice. Si se lee rápidamente, se saltan aspectos que pueden ser esenciales; si se lo lee muy lentamente, el lector comienza a proyectar desde sí lo que no está en el texto y cree descubrir en él. El lector “lento” comienza a *su-poner*, a poner por debajo de la letra, lo que luego cree percibir. Es una forma de proyección previa y descubrimiento inmediato de lo

El lector debe ser flexible y seguir el ritmo que el texto impone o pide. Nadie puede precipitarse en el cursado de las páginas de *En busca del tiempo perdido*. Ni demorarse en las de *Las aventuras de Tom Sawyer*. Hay lectores necesitados de indicaciones lectoras, como en las partituras: aquí leer *molto vivace*, aquí leer *moderato*. O como en las indicaciones viales: “Espacio, Reduzca la velocidad, Mínima 100”, etc.⁷

Hay una tendencia a excluir las obras clásicas, como *Odisea* o *El Quijote*, de las listas de lecturas para adolescentes. No hay fundamento para ello. Por supuesto, es insano dar la lectura íntegra de la obra cervantina a un muchacho de escasos doce años. Le tomará un rechazo visceral. Pero sí, podemos avanzar con los siete primeros capítulos, que constituyen una primera salida y regreso del héroe. Tienen una unidad propia, aunque no aparece allí la figura de Sancho.⁸ O bien, seleccionar un par de pasajes que mantengan cierta esfericidad en su desarrollo. El muchacho va a entender –con las aclaraciones de lengua necesarias- primordialmente el nivel fáctico de esas aventuras; con algo más de esfuerzo y ayuda, accederá al nivel temático y percibirá el juego entre la dignidad de los ideales del caballero y la malignidad de los hombres, o la dureza de la realidad que los ignora. Pasados los años, revisitará el texto y entonces calará en otros niveles, no advertidos en aquella primera lectura.

Esta relectura enriquecedora responde a la advertencia de Heráclito: “Nadie baja (o se baña dos veces al mismo río)”. El dicho del presocrático responde a doble razón: las aguas del río han seguido fluyendo y no son las mismas de la primera vez que en ellas nos sumimos; y el hombre que baja al río, tampoco es el mismo, ha cambiado, como buena criatura temporal, en el que la experiencia le ha ido decantando su sedimento. Río y hombre fluyen como lo temporal

⁶ El mismo vocablo lo define: “*trans fuga*” corre a través del terreno.

⁷ Frente a los lugares comunes de los carteles en las rutas, pueden citarse dos que merecerían el rescate del “Proyecto Cartele” (*sic*) “Espacio, no hay hospital”. “Circule con cuidado, no hay escuela”.

⁸ Incluso, se ha postulado que, en su origen, Cervantes pensó estos capítulos como una de sus “novelas ejemplares”.

Que un texto cambie como un río parece rechazable, pero filológicamente se da. Tomemos la primera frase del *Quijote*, que antes mencionaba: “En un *lugar* de la Mancha, de cuyo nombre *no quiero acordarme*...”. En ella hay, por lo menos, dos cambios desde el siglo XVII al XXI. a) El vocablo “lugar” no tenía el sentido de vaguedad designativa que hoy tiene; entonces significaba “una aldeíta” o “pueblo pequeño”. b) “No quiero acordarme” no se refiere a una decisión voluntaria de no hacerlo, sino a una imposibilidad: quiere decir: “no puedo acordarme”. Para muestra, basta la frase de apertura. Al plano de la letra se le suma la perspectiva del lector, que acude, pasado el tiempo, al mismo río. La experiencia de vida, por un lado, y otras lecturas –por ejemplo, novelas de caballería, el libro de Unamuno sobre la novela de Cervantes, crítica literaria sobre el libro mayor de la lengua, etc.- le han aguzado la atención y la comprensión para aspectos que antes no pudo ver, por no tener el muchacho o la chica vida densa y experimentada, ni disponer del bagaje cultural necesario. Nada digamos si el lector ya no es un muchacho del montón, sino es nada menos que un Pierre Ménard, que, por poder releerlo a su manera, lo puede rescribir. Obvio desarrollar esto que ha hecho correr ríos de tinta.⁹

Sin llegar a aceptar, en forma radical, aquello de Oscar Wilde de que la niebla de Londres era una percepción a la que nos habían acostumbrado los cuadros de los impresionistas, algo de esto hay en la modificación de interpretación que el cursado de otros libros genera en la relectura de los textos ya leídos. Las lecturas nos modifican la visión de la realidad. Es imposible ver adámicamente una plaza con una fuente, en otoño, sin verla a través del poema sabido de Antonio Machado; o un mero edificio de varios pisos, sin que se nos instale el poema de Fernández Moreno: “Setenta balcones...”. La pre-visión se nos interpone.

La relectura permite, entre tantas cosas, descubrir el enlabiamiento sabio que la ardida retórica ha ejercido sobre nosotros en la lectura virginal, los recursos de la palabra y sus efectos, los artificios astutos que nos manipulan sutilmente, si cumplen con su doble condición: ser eficientes e invisibles, a la vez, como una inconsútil tela de araña. La primera lectura es, debe ser, puro gozo; un dejarse ir, manejado por los recursos del autor, con docilidad, sin reticencias ni aduanas, por ascensos y descensos, desvíos y retornos del verso o de la prosa. Una segunda lectura la hacemos desde una mirada crítica, analítica, evaluadora de esa primera gozosa. La impertinencia de detenerse en la primera lectura para analizar los procedimientos del autor –cómo maneja los encalgamientos y los juegos ecoicos de la rima; cuál es el punto de vista desde donde se nos narra la vida, etc.- quiebra ese primer contacto que debería ser puramente hedónico. Esta práctica nociva se ha instalado en nuestras facultades, olvidando los buenos preceitos de la sabia tradición francesa del *commentaire du textes*. Pero el deseo de tener el control en nuestras manos nos lleva a aplicar el análisis profesional en lo que cursamos y, como dice el refrán: “El gozo, al pozo”.

A diferencia de lo que se dice, con verdad, de segundas partes de libros y películas, en los libros, si estos son valiosos, la relectura siempre es un premio. Segundas lecturas fueron provechosas y gustosas, claro que de textos que valgan la pena, o el regozo, por ser justos.

⁹ Recordemos al lector –el lector ya lo ha cursado todo- que la ficción borgesiana “Pierre Ménard, autor del *Quijote*”, está en *Otras inquisiciones*.

Cuando éramos escueleros, en las clases de geografía trabajábamos a partir de un croquis que solo contenía el contorno de la República Argentina. Y, limitados por ese perímetro, pegábamos un papel de manteca en el que marcábamos el sistema de los ríos, luego, aplicábamos otro papel con la división política, y un tercero, con las capitales de las provincias y así integrábamos un mapa del país. Las sucesivas relecturas de un texto van integrando gradualmente una visión crecientemente completa del mismo, en una tarea que asemeja aquella de la cartografía elemental de la escuela primaria. El refranero nos pauta ese proceso gradual: “De a uno come la gallina y se enllena” o “Poco a poco hila la vieja el copo”.

En la primera lectura de la fábula vemos a la oveja como tal. En la segunda, hemos reparado en la frase esopiana: “*De te fabula narratur*”. “De vos habla la fábula, chabón, y no de una oveja”, le diría un argentino avisado a otro. Y vemos al hombre en la oveja. Es una oveja de doble fondo que nos lleva a la aplicación a lo humano. Es como dice Mallea: “La literatura en la que hablan delfines sobre delfines, en rigor, hablan humanos adelfinados o delfines humanizados”.

La relectura des-cubre, des-tapa, des-vela. Es apofántica (perdón por el esdrújulo, enfático pero preciso) pues nos muestra la realidad detrás de la letra.

La primera lectura debe afirmarse con vigor en el nivel literal del texto, en su comprensión cabal. Sin este apoyo, todo es oscilante y un tembladeral. Tvetan Todorov recuerda la necesidad inicial de fijar el sentido literal con la mayor precisión posible. No siempre es fácil hacerlo, aunque parezca obvio. Y de esta imprevisión nacen muchos malos entendidos. La aplicación de la atención al renglón es penetrativa y venteará los siguientes niveles de sentido. Detrás del primer sentido básico, está el “seso escondido” -del que hablaba el sutil judío Pedro Alfonso en su *Disciplina clericalis*-, el sentido segundo, el tercero y un cuarto, quizás.

San Agustín, en su abordaje lector a las Sagradas Escrituras halla tres niveles diferenciados. Santo Tomás señala cuatro, que aplicará Dante, en la “Carta al Can Grande de la Scala”, preliminar a *La divina comedia*, a su propia obra. El versículo del salterio dice: “Y salió el pueblo hebreo de Egipto”. 1) sentido literal histórico; 2) sentido alegórico: salió el hombre de una situación dificultosa; 3) moral: salió el hombre de la esclavitud del pecado y 4) anagógico: salió el alma de la cárcel del cuerpo (*soma, sema*).

Hay ediciones anotadas de los grandes textos que auxilian, con su aparato crítico de notas, a una relectura gradualmente más comprensiva. El co-comentario es el mentar juntamente. La nota es el hombre anejo al texto. La apostilla marginal puede ser aperitiva del texto mismo. Otras veces, en cambio, no son notas filológicas, sino logofílicas, como aquella a la manera de la que apunta Marco Denevi: “Dice el texto: ‘períptero’”. Aclara el crítico: “Lo que rodea la celda”. Con lo cual quedamos tan apampados como antes. Ejemplos de esta índole sobreabundan en las ediciones anotadas para nuestros niveles primario y secundario por docentes sin experiencia en el comentario de textos.

Relectura es el nombre de la mejor lectura, de la lectura comprensiva, penetrativa, profundizadora. Ella supera la costra de las apariencias, calando cada vez más hondo. “So mala capa yaze buen bebedor”, dijo el Arcipreste, y le dio al tinto.

Borges, en un poema destinado a la epopeya homérica, nos dice: “La *Odisea*/ que cambia como el mar./ Algo hay distinto cada vez que la abrimos...”.¹⁰ Y esta es la aventura de toda odisea lectora en esa obra en que el héroe y nosotros nos movemos sobre “la salada llanura de las aguas sin fin” (V, 100-101), fluidas y cambiantes, casi proteicas, que todo texto clásico nos ofrece.

Con variante y ampliación del dicho, cabe estimar: “Dime con quien andas, dime lo que comes, dime lo que vistes, dime lo que lees y te diré quién eres”, es un aforismo cierto, pero te conoceré mejor si me dices lo que relees.

En estos momentos, se ha prescindido en la educación de un plan de lecturas previsto para toda la escuela primaria y, luego, otro para la secundaria, graduado por dificultades, variado por géneros y estilos, etc. En ausencia de programas (“letra anticipada”, en latín) de lectura, se va leyendo – si se lee- lo que cae a mano, o nos deja caer alguna improvisada sugerencia oficial. Al no hacer selección, damos en la improvisación, rasgo identitario nacional, si los hay, con lo que alimentamos desde ese ejemplo una tendencia al repentismo. O se ejerce la perversa hábitud de dar muñones de textos para leer, no íntegros, sino amputados, y desraizados de su libro, mediante la fotocopia sin identificación de origen.

Las facultades e institutos formadores de nuestros docentes han desterrado las cátedras de Comentario de Textos, que desarrollaba, por pasos, en el estudiante la capacidad comprensiva, la posesión firme de los contenidos, el juicio estimativo; facilitaba la comparación textual, motivaba la discusión y la complementariedad de los aportes de todos; exigía la aplicación de la atención a detalles reveladores, aguzaba la penetración en segundas intenciones, y un largo etcétera.¹¹

La relectura es la posibilidad de la excelencia del acto comprensivo lector. Leer textos semánticamente densos; comentarlos luego, con el aporque y aporte de interpretaciones variadas, de bibliografía esclarecedora, de explicaciones tentativas. Y entonces, releerlo reflexivamente incorporando en el acto de la relectura todos los comentarios y proposiciones que hemos visto, haciéndolos simultáneamente convivientes y disputantes.

Parece realmente utópico proponer relecturas en una escuela que casi no tiene lecturas organizadas y planificadas. Todo mapa debe tener su isla de Utopía que es la sede de la denuncia de las carencias del reino.¹²

- En *BANE (Boletín de la Academia Nacional de Educación)*, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, n° 90-91, pp.

10

¹¹ En ocasión en que Francia detectó que un 10% -nosotros superamos el 52%- de sus alumnos egresados del Bachillerato no tenían una cabal lectura comprensiva, convocaron de urgencia a Jack Lang, ex ministro y hombre experimentado. Una de las cuatro medidas básicas que adoptó fue instaurar ejercicios de comprensión de textos en todas las materias básicas, no solo en lengua y literatura.

¹² Quienes estiman que las utopías son desdeñables por irreales, y asocian lo “utópico” a la ensoñación delirante, lo que los italianos llaman el *fantasticare*, no advierten que se pueden leer las carencias de un país o un mundo por las utopías que genera, pues revelan la aspiración de lo ausente. Las buenas utopías son denuncias del estado de cosas y de la altura de los tiempos. “Por sus utopías los conoceréis”.